

denominación más usual, proviene de la dinastía persa de los Chosrav. Sennacherib retrotrajo el centro del imperio á Nínive, la tercera capital de la Asiria propiamente dicha.

Nínive, tan admirablemente colocada en la reunión de dos importantes valles, en el punto del río donde se operaba el transbordo de las mercancías, en medio de la gran vía natural que reúne el golfo de Alexandreta á las elevadas campiñas del Azerbeidjan y al mar Caspio, y hacia el ángulo extremo de un grandísimo anfiteatro de montañas, debía adquirir fácilmente una gran importancia como mercado y depósito central; sin embargo, el terreno ocupado por los escombros de esta ciudad y que está delimitado con bastante claridad por los restos de las murallas, no puede evaluarse á más de diez kilómetros cuadrados; este espacio, del que una gran parte estaba reservada á los enormes palacios reales, no hubiera, pues, bastado á contener las multitudes considerables mencionadas por un pasaje obscuro de la leyenda de Jonás¹. Mas por comercial é industriosa que fuese la capital de Assur, sus reyes hicieron de ella sobre todo la «madriguera de los leones, la ciudad sanguinaria».

Los dueños del Norte no eran, como los primeros reyes del Mediodía, como el «padre Orkham», seres pacíficos y bondadosos, que se ocupasen principalmente de «profundizar los misterios de los ríos para la felicidad de sus súbditos»; sino que se jactaban de ser terribles, espantosos, como su divinidad misma, El-Ilon, el «fuerte», «el que da miedo»; referían sus atrocidades con orgullo simple, con la calma tranquila del deber cumplido; por lo demás, ese dios mismo se confundía de tal modo con ellos que se les ha podido negar toda religión; no edificaban templos, sus moradas eran los verdaderos santuarios²; sus *Te Deum* no son supervivencias de un pasado lejano, recitadas en una lengua extranjera, envueltas en el misterio de la música, son proclamaciones de una claridad imperiosa: «¡Yo he tomado las ciudades por asalto, exclama Sanherib, y he hecho de ellas montones de cenizas... Yo he barrido la comarca como con una escoba, y la he convertido en un desierto!» — ¿Y qué no dice el documento conocido con el nombre de cilindro de Teylor? — «Mis

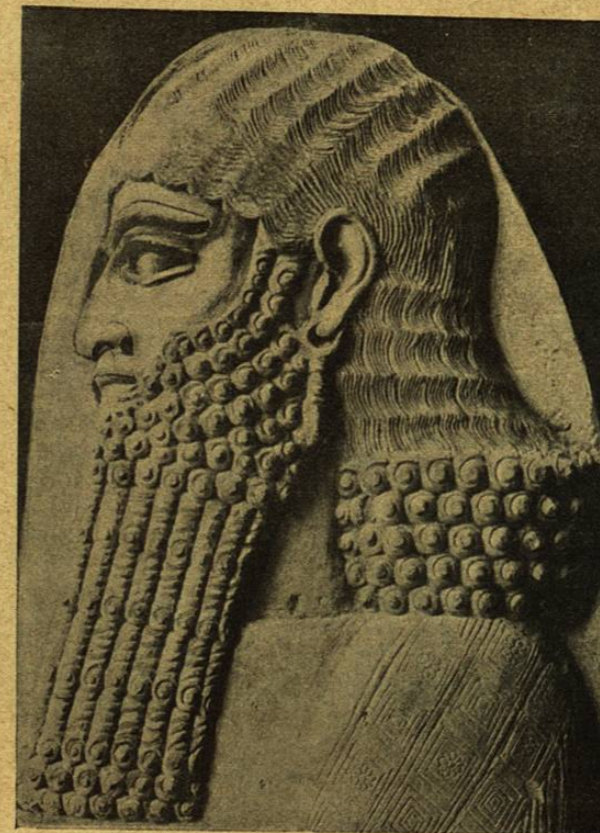
¹ Cap. III, v. 3; cap. IV, v. 11.

² Ernest Renan, *Histoire du Peuple d'Israel*, t. II, p. 457.

carros de guerra, aplastando hombres y animales, molían los cuerpos de los enemigos. Yo me he erigido trofeos con montones de cadáveres de los cuales se cortaban las extremidades. A todos los que caían vivos en mi poder, les hacía cortar las manos». Assurbanipal celebra también su regocijada ferocidad:

«Cayó vivo en mis manos y vivo le hice desollar. Hice arrancar los ojos á su hijo, pero en lugar de echarle á los perros, le emparedé en la puerta del Sol en Nínive». Esos altos hechos no bastaban aún al «servidor de Assur»: era preciso que engachase á su carro los reyes vencidos y se hiciese conducir por ellos, á latigazos, ante los altares de los grandes dioses para ofrecerles sus acciones de gracias, en recuerdo de los cuerpos mutilados, de las ciudades incendiadas, de las poblaciones aniquiladas.

La rabia de los sar se ejercía hasta contra los muertos: «Yo transporté sus osamentas, dice Assurbanipal hablando de los reyes de Elam, impuse la inquietud á su sombra y les privé de libaciones». Los reyes vencidos, encerrados en Nínive en jaulas de hierro, estaban condenados á romper y á reducir á polvo los esqueletos de sus antepasados para divertir á los ociosos.



C. Giraudon.

CABEZA DE OFICIAL ASIRIO

(Museo del Louvre).

La idea de la fuerza opresiva se manifiesta en todos los miembros fabulosamente vigorosos, orgullosamente extendidos... ¡Pero la cabeza!... La cabeza es nula, helada, impasible. (Gobineau.)

Ocurre preguntar si no ha de atribuirse á la costumbre de derramar sangre, de atormentar y de matar, la superioridad incontestable de los artistas asirios en la representación de los hombres y de los animales moribundos; la obra maestra del arte ninivita es la leona herida que se defiende todavía con las fauces y las patas delanteras, mientras que la parte trasera del cuerpo, ya paralizada, se arrastra estirada sobre el suelo.



LA LEONA HERIDA

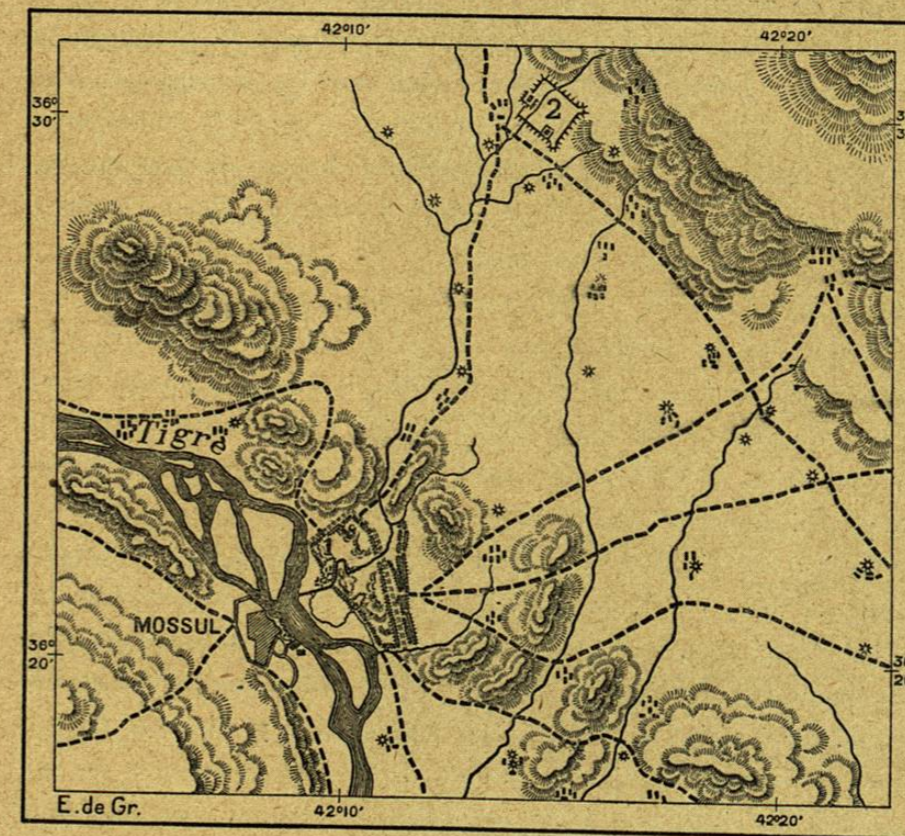
Bajo-relieve de Kujundchik.

La «Madriguera de los Leones» cayó en la soledad sin que la historia precise los detalles de su ruina, sea en la época de una invasión de los Scitas, sea, poco después, por una victoria de los Medas, hace unos 2500 años. Casi en seguida fué olvidada: Xenofonte, que pasó doscientos años después por la proximidad de las ruinas, no cita siquiera el nombre de Nínive, y nombra, no obstante, ciudades como Larissa y Mespila, que habían surgido en medio de los restos grandiosos de murallas y de pirámides¹. Se comprende, por otra parte, que en el momento crítico en que Xenofonte, perse-

¹ *Retraite des Dix Mille*, t. III, c. IV.

guido por los enemigos, acababa de aceptar el mando de los Griegos y tomaba las primeras disposiciones para su famosa retirada, no se hallase bien dispuesto á discurrir sobre la gloria de la antigua Asiria y las ironías del destino.

N.º 95. Nínive y Khorsabad.



1: 250 000

0 5 10 15 20 Kil.

1. NÍNIVE; la colina situada al Noroeste del recinto es llamada Kujundchik por los Turcos; contiene las ruinas del palacio de Sennacherib.
2. Dur-Charukin ó KHORSABAD, palacio de Sargon.

Al presente, la historia de esas comarcas del Tigris y del Eufrates, antiguamente tan populosas, resucita del suelo donde estaba enterrada. Removiendo los montones de escombros, se han visto surgir las figuras augustas de los antiguos dioses, y, descendientes de sus

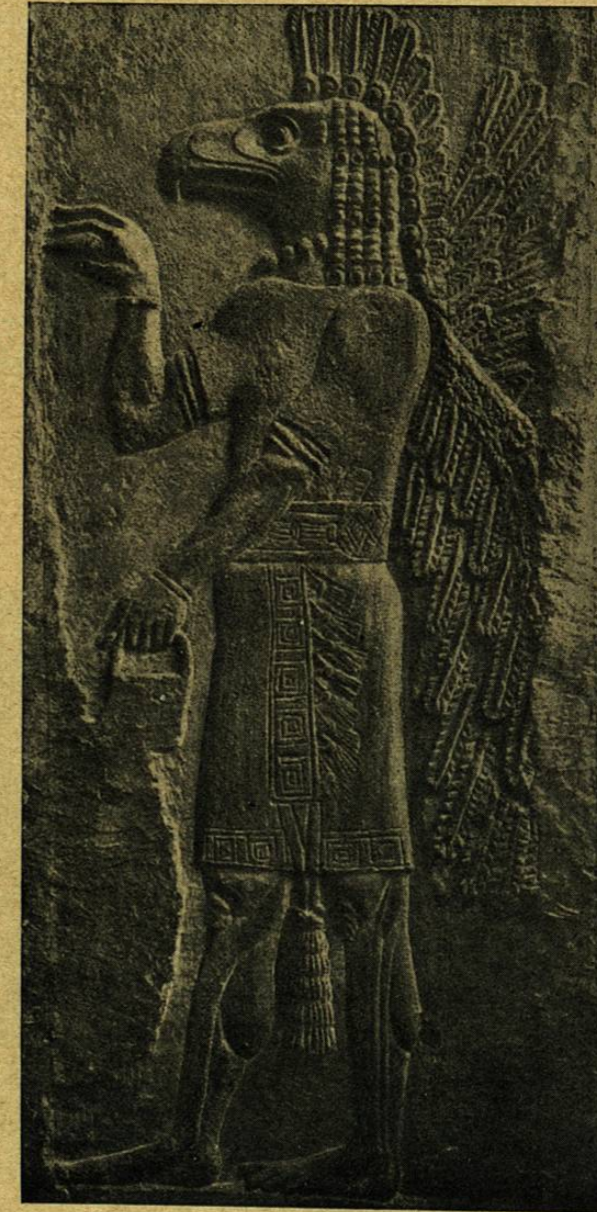
adoradores ninivitas, los espectadores árabes se sintieron repentinamente poseídos de una admiración mezclada de espanto y aun de terror religioso. Además, los montones derrumbados de ladrillos nos han conservado miles de tablillas escritas en las que los eruditos modernos descifran lentamente los antiguos mitos y encuentran los orígenes de nuestras ciencias. Pero si el precioso contenido de los palacios nos ha quedado, las construcciones que lo cobijaban no han durado. Por grandiosas que fuesen por las dimensiones, esas construcciones de ladrillos crudos ó cocidos no tenían la eternidad en su favor, al menos bajo su forma primitiva; habían de derrumbarse, amontonarse en colinas como la de Birs Nimrud, como las innumerables *tell*, que están diseminados en las llanuras de Babilonia y y de la Suciana; sólo la piedra ha resistido. Del mismo modo que las antiguas torres de Babel, las sucesivas capitales de Assur, y las ciudades más antiguas aún de la Akkadia, las de la Pequeña Mesopotamia que forman al Este del Tigris los afluentes del Karum, se han convertido en cerros de tierra grisácea: las guerras, los incendios y el tiempo las han destruído fácilmente.

De las dos Suzas que se han sucedido en esta región durante cuatro mil años quizá, la capital del Elam y la residencia de los reyes Akheménidas, no han quedado más que objetos de escaso volumen, bloques de diorita, piezas de bronce, vasijas esmaltadas azules, blancas, verdes, amarillas, ladrillos estampados y diversos objetos informes; pero es tal el conjunto de tierra cocida amontonada con motivo de los incendios y de los derrumbamientos, que solamente para la Acrópolis, el más pequeño de los tres cerros, Morgan evalúa el cubo á 150000 metros; ese *tell* de 35 metros de altura está formado de escombros casi hasta el nivel de la llanura vecina. En Nippur han observado los exploradores americanos, sobre una altura análoga, la superposición de 21 estratos correspondientes á otras tantas ciudades, de las cuales seis tienen más de 6000 años de antigüedad.

Semejante demolición no ha tenido lugar respecto de los monumentos del «Trono de Djemchid», en Persépolis, gracias al empleo más liberal de la piedra y á la escasa altura relativa de las paredes propiamente dichas; el mármol y el pórfito de las escaleras y de las

terrazas, de las puertas y de las columnas subsisten, aunque los ladrillos hayan caído pulverizados¹.

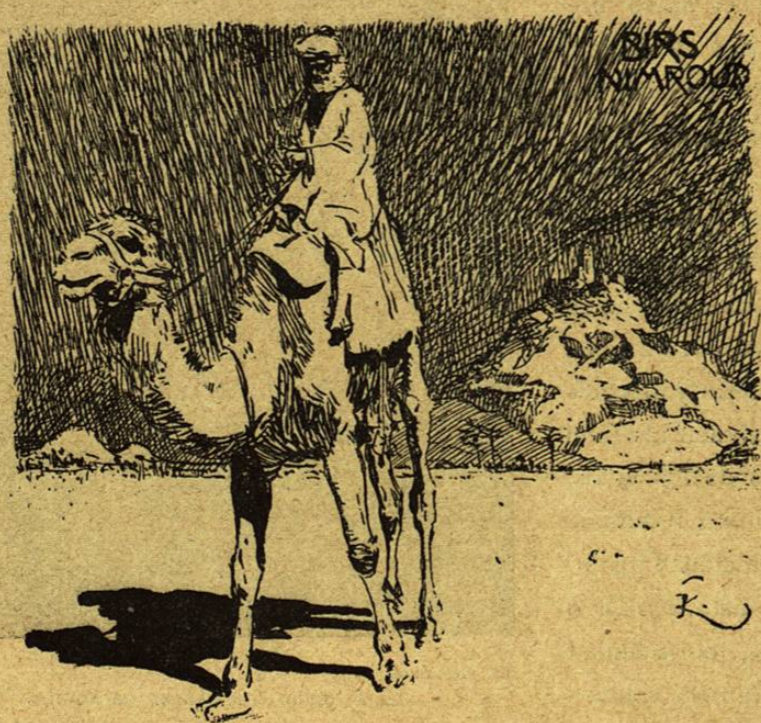
Pero la imaginación de los hombres no quiere admitir la cesación de la vida. Una gran ciudad donde vivieron millones de hombres, parece viviente siempre, aunque sea poblada de espíritus y de fantasmas. ¡Por eso veneramos el suelo hoy desierto y en tiempos remotos hollado por el paso de tantos hombres! Ciudad hubo, hacia la cual los inmigrantes se dirigían en multitudes, que ha sido transformada en cementerio, y los cadáveres siguen ahora el camino de los vivos. Ya cuando Babilonia era una ciudad joven, su abuela Erekh ó Warka, la «ciudad de los libros» caldeo era tenida por la ciudad santa por excelencia, como lugar de sepultura y esta gloria le ha



Cl. Giraudon.
ASIRIA, GENIO CON CABEZA DE ÁGUILA
(Museo del Louvre).

¹ J. de Morgan, Hilprecht, Dieulafoy.

quedado. El solar de la ciudad antigua está rodeado de necrópolis que se extienden á leguas de distancia. En los antiguos días, los ribereños de la parte superior arrojaban sus cadáveres á las aguas santas del Eufrates; después, en Erekh manos piadosas los retiraban de ellas para depositarlos en tierra consagrada: asimismo, durante nuestra Edad Media, se entregaban los cuerpos á la corriente del Ródano, que los llevaba á las redes de los Arlesienses, cerca de Aliscamps ó Campos Eliseos, lugar del último reposo. A ejemplo de Erekh, ¡cuántas otras ciudades de Mesopotamia, consagradas á su vez por grandes recuerdos, se han convertido también en cementerios, y, como tales, en lugares de peregrinación venerados en todo el mundo islámico!



ÍNDICES

ALFABÉTICO

DE LOS MAPAS

Y DE LAS MATERIAS DEL PRIMER TOMO